

Susana Zanetti en el recuerdo. Semblanzas

Sólo el árbol tocado por el rayo
Guarda el poder del fuego en su madera.
José Emilio Pacheco
“El centenario de Rubén Darío (1867-1967)
(*Tarde o temprano*)

El 20 de agosto de 2013 nuestra querida Susana Zanetti emprendió su último viaje, rodeada del amor y la atención de sus afectos más cercanos, acompañada de su amado gato Lumi, con la ventana plena del color de las violetas de los Alpes que tanto le gustaban, entre las paredes que atesoraban sus libros, aquellos volúmenes que transitaban de mano en mano, en su infatigable tarea docente y en su enorme compromiso para formar especialistas y lectores en una de sus grandes pasiones, la literatura de América Latina.

A Susana le gustaba situar su formación intelectual muy especialmente en la sostenida labor que llevó adelante el campo editorial argentino, donde trabajó como brillante editora, primero en la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA), y luego en el Centro Editor de América Latina (CEAL). Entre los años 1979 y 1984, imposibilitada de trabajar en el ámbito universitario por la dictadura, sorteó la censura –en muchas ocasiones asumiendo el riesgo personal de la tarea- en su trabajo editorialista, como Directora de la *Biblioteca Argentina Fundamental*, integrada por obras de literatura argentina, prologadas y anotadas, y también como Directora de la colección *Las Nuevas Propuestas*, dando a conocer textos de autores de nuestro país prohibidos o de circulación sumamente restringida. Ambas colecciones posibilitaron que un número importante de lectores accedieran a materiales de gran calidad, como un espacio alternativo y de resistencia para el conocimiento de nuestra literatura y sus obras, en momentos de franca intolerancia hacia el saber crítico.

En nuestra Facultad de Humanidades Susana contribuyó a fortalecer el campo de los estudios de Literatura Latinoamericana a partir de la democratización de nuestro país y de las universidades públicas. En la carrera de Profesorado y Licenciatura en Letras ejerció su rol docente de Profesora Titular desde el año 1987 hasta su fallecimiento. Organizó uno de los primeros Congresos de literatura de América Latina con proyección internacional en La Plata, el *Primer Congreso de Estudios Latinoamericanos. Homenaje a José Martí*, en 1991, que convocó a importantes especialistas de nuestro país y del extranjero y afianzó relaciones institucionales de intercambio y cooperación de la Facultad con universidades extranjeras. En 1993 fue la responsable de la creación de la Cátedra Libre José Martí, que organizó el *Coloquio Internacional José Martí* en el año 1998. Fue la Directora del Departamento de Letras como así también de la carrera de Doctorado en Letras; participó activamente en el Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, donde dirigía la revista *Orbis Tertius*. En el año 2010 la Universidad Nacional de La Plata, en reconocimiento de su notable trayectoria, le otorgó la distinción de Profesora Emérita



Entre sus libros sobresale *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina* (2002), centrado en la ficcionalización de la lectura especialmente en la novela latinoamericana y la construcción de lectorados, políticas de lectura y circulación de libros en América Latina desde fines del siglo XVIII hasta finales del siglo XX, y *Leer en América Latina* (2004), libro que reúne una serie de artículos y ensayos que abarcan desde el Modernismo hasta las más recientes manifestaciones de la nueva literatura latinoamericana. También se destacan los volúmenes colectivos bajo su dirección: *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires*, *Legados de José Martí en la crítica latinoamericana*, *Las cenizas de la huella. Linajes y figuras de artista en torno al Modernismo* y *La novela latinoamericana de entresiglos (1880-1920)*. Fundamentalmente, Susana Zanetti fue una lectora apasionada, profunda y brillante, que supo articular con rigor redes intelectuales y literarias a lo largo de todo el mapa de la literatura latinoamericana, desde la etapa colonial hasta su presente más contemporáneo, como lo manifiestan sus últimos trabajos dedicados a la narrativa colombiana reciente y al gran poeta mexicano José Emilio Pacheco.

Susana ejerció la docencia con apasionado compromiso, fundamentalmente en La Plata y en la Universidad de Buenos Aires; pero en los momentos de rearticulación del campo de la literatura latinoamericana no dudó en armar las valijas, -llenas de libros inhallables que formaban parte de su biblioteca personal, de revistas y apuntes manuscritos-para ejercer la docencia en las Universidades de Rosario, Comahue, Mar del Plata, La Pampa, Salta, Córdoba, donde dictó numerosos cursos de grado y posgrado, ocupándose asimismo de dirigir proyectos de investigación, de orientar a tesistas y becarios, de formar toda una generación de latinoamericanistas. Si las huellas de Susana en el ámbito nacional son notables, su tarea en la construcción del campo de la literatura latinoamericana se proyectan a Chile, Brasil, Colombia, Venezuela, México, Perú, Alemania, España, países que la convocaron como profesora visitante, también como Jurado de premios internacionales o formando parte de comisiones académicas de importantes congresos, como las Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana (JALLA).

Susana dirigía nuestra revista *Orbis Tertius* y con profundo afecto, conmovidos por su ausencia pero sumamente agradecidos por su enorme legado, le dedicamos este número, que se iba haciendo a medida que ella iba partiendo. Una serie de textos breves, semblanzas de colegas, alumnos, tesistas, amigos, que la recuerdan de manera muy personal, nos acercan muchas de las facetas que reconocemos con la identidad de "SZ", como le decíamos con cariño y humor, aludiendo al gran ensayo de Roland Barthes que tanto le fascinaba.

Querida Susana: gracias por haber sido la profesora que me abrió el camino de los libros con pasión y rigor, por tus clases que eran lecciones de literatura, sociología, historia, cultura, política y vida; gracias por tu compromiso ético con el saber, por compartir tus conocimientos con tanta generosidad, por tu empeñada militancia para formarnos como lectores de poesía, por tus obsesiones como así también por tus momentos de ira y testarudez que recuerdo con respeto y sentido del humor, por tu sensibilidad estética, por las charlas de café y sobremesa, por tu hermoso modo de recitar a Sor Juana, a Martí, a Darío, por tu amor a la vida, por tu grandiosa sencillez, por los inolvidables momentos cotidianos de la alegría, por tu enorme capacidad de trabajo, por tu integridad intacta e intachable, por tanto afecto compartido.

Carolina Sancholuz

Tarde o temprano: en memoria de Susana Zanetti

A Susana le debo la poesía. Su amor profundo por las metáforas y los hipérbatos de *Primero sueño*, su incansable fascinación ante la luminosa y cruel palabra de Pacheco, su conmoción profunda, siempre renovada, ante la musical palabra perfecta de las *Prosas profanas*... Su modo de leer, declamando casi, y su convicción respecto de la honda maravilla de la literatura latinoamericana iluminó a todos los que alguna vez tuvimos la dicha de escucharla.

A Susana le debo la emoción. Porque su compromiso con la literatura era ético y estético, y estaba fundado en una profunda sensibilidad. Susana me enseñó a leer con pausada interrogación, a detenerme allí donde un texto convoca la maravilla de la palabra justa, a dejar mis marcas en las líneas y en los márgenes, a dialogar y cuestionar, a abandonar incluso... o a releer con convicción renovada.

A Susana le debo la alegría: aquella que se encuentra en una idea luminosa, en un adjetivo feliz, en una imagen única. También la alegría de una clase perfecta: esa que combina el amor por lo que se enseña, la pasión por enseñar y el respeto por los alumnos.

A Susana le debo la responsabilidad crítica. Sus recomendaciones, su marcador rojo escandiendo mis tímidos o pretenciosos textos, sus comentarios ante algunas ideas apresuradas, desmesuradas, fútiles, fueron marcando un camino de profunda eticidad (para usar un término que la crítica aplicó a uno de sus autores preferidos, José Martí). Porque para Susana no había diferencia entre literatura y vida: la literatura era su vida, su modo de relacionarse con el mundo y con los otros, el espacio donde enseñaba, aprendía, se reía, compartía, se lamentaba...

Susana me enseñó el amor por los libros. No un amor fetichista sino el mejor amor: ese que permite que los libros circulen, vayan lejos, descubran otros ojos y otras manos, conversen con otros libros y otras músicas, y regresen renovados para ser nuevamente prestados... En ese gesto, de enorme generosidad, a través del cual Susana brindaba su biblioteca, se cifraba también su amor por el otro.

A Susana le debo la certeza y la calma: trabajar con ella, formarnos a su lado, era también saber que toda duda, toda consulta, todo dilema (literario, profesional y también personal) tendría en ella un consejo, una lectura, un recorrido, una respuesta. Su partida “nos dejó hablando solos” (como diría Pacheco): y una orfandad profunda, que no tiene final ni consuelo.

Pero Susana, maestra sin par, sabía que *tarde o temprano* la despedida llegaría. Y con su inmensa (y pragmática) generosidad también nos preparó para ello. Por eso descubro a Susana en cada recodo de la cotidianeidad: en algún párrafo de los *Comentarios Reales*, en alguna referencia que me conduce a nuevos textos, en las flores que pueblan mi jardín, en la voz de mi hijo, que descubre de a poco las palabras... Esas mismas palabras que Susana me enseñó a amar... como amaba la vida.

Valeria Añón

En memoria de Susana Zanetti (1933-2013)

Susana nos hablaba de la literatura latinoamericana y era imposible sustraerse a sus palabras que, dichas con agudeza y propiedad, podían recorrer todos los temas con la máxima erudición y la más fina de las sensibilidades. Escucharla, por ejemplo, analizar el “Primer Sueño” de Sor Juana Inés de la Cruz era entrar en un laberinto de asociaciones y sonidos que acompañaba con su mano, como tocando un piano o queriendo dibujar esa pirámide de luces y sombras del poema para hacerla visible a su auditorio. Llevada, quizás, por otra de sus grandes pasiones, la ópera, se situaba en el aula como una *prima donna*, majestuosa y altiva, conmovedora e impactante. El martes 20 de agosto de 2013 abandonó ese escenario de intensidad y altura vallejianas con que pensó toda su vida.

Susana impuso un ritmo vertiginoso, exigente y sin pausas a todas sus actividades, que más que trabajos, oficios o vocaciones, fueron imperiosas misiones del intelecto. Se dedicó con la misma entrega a la edición, la docencia, la investigación, la formación y la difusión de la literatura continental, empujada por esa “dorada garra de la lectura”, metáfora sin par que eligió para su libro más señero. Sus lecturas eran múltiples, ávidas, incansables, como queriendo asimilar todas las letras continentales de una sola mirada. Se preciaba de haber leído libros considerablemente extensos, como *Terra nostra*, en poco más de un día.

Su pasaje por Centro Editor de América Latina y EUDEBA dejó una marca indeleble en las colecciones de cada una de estas empresas, y éstas en ella. Aludía a esta etapa con nostalgia y orgullo, seguramente porque allí enfrentó su compromiso, trabó sus amistades, afirmó su imagen y ganó su renombre. Transmitía estos años con anécdotas divertidas o graves recuerdos de los tiempos difíciles del Proceso. Luego, la docencia y la investigación en la literatura latinoamericana ocuparon todo su horizonte y se entregó sin retaceos a formar nuevas generaciones, abriendo, de par en par, su casa y su biblioteca incomparable.

En los años inmediatos a la recuperación democrática, Susana sembró discípulos en casi todas las universidades del país. Rosario, Córdoba, La Pampa, Salta, Mar del Plata, La Plata, Bahía Blanca, Comahue la vieron pasar con su saber auestas y su inolvidable prestancia. En la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA participó en la organización de la cátedra de Literatura Latinoamericana I, de la que fue profesora titular, y dio un giro radical a los estudios introduciendo todo lo más nuevo y consistente de la crítica y el pensamiento del continente. Sumó otras responsabilidades para ser Directora del Instituto de Literatura Hispanoamericana y del Departamento de Letras, además de Coordinadora de la Maestría de Literatura Española y Latinoamericana, donde impartió seminarios en los últimos años. Hasta hace pocos meses dictaba clases en la Universidad de la Plata, donde era profesora Emérita, y poco faltó para que terminase como Pedro Henríquez Ureña, en el camino a ese destino docente. Lo que quizás hubiese querido. La convencieron, juiciosamente, para que no viajase a brindar la que sería su última lección.

Los que tuvimos el honor de formarnos con ella sabíamos de su extrema exigencia, de esa pose férrea de maestro a lo Paul Groussac que, en un principio, paralizaba cualquier intento de contrariarla. Su porte, un tanto soberano, contribuía mucho con esta imagen. Polémica y confrontadora, creía profundamente en que el saber no nace de las concesiones. Pero cuando emitía su palabra aprobadora, alumbraba para siempre el camino del más díscolo de sus discípulos. Con la convivencia, todos aprendíamos a atravesar ese umbral. Y su calidez de gran maestra era entonces como un bálsamo.

Susana siguió la huella de Pedro Henríquez Ureña, Mariano Picón Salas, Ángel Rama, a quienes destinó estudios y continuos reconocimientos. Como ellos, pensó un mapa complejo y ambicioso de la literatura latinoamericana, a sabiendas de que no podía incorporarlo todo, pero aspirando a construir un dispositivo sólido que permitiese pensar el conjunto. Si se siguen los numerosos programas que dictó en Buenos Aires, La Plata y otras universidades del país y el exterior, podrá observarse la vastedad de sus intereses. Sus libros dan cuenta de estos desplazamientos, que la llevaban del Inca Garcilaso de la Vega a José María Arguedas, de Sor Juana a José Emilio Pacheco, de Lima Barreto a Roberto Arlt, para citar algunos de estos trazos en zigzag -estas *religaciones* como le gustaba llamarlas, siguiendo a su admirado Ángel Rama- que eran continuos e inagotables y que, como espirales, iban plasmando nuestra historia cultural en tupidos escenarios. Al hacerlo, armaba y desarmaba el canon, una de sus obsesiones más tenaces.

En los últimos meses, cuando ya era consciente de su grave estado, compiló un libro de ensayos, donde vuelve a emprender esas amplias cartografías, reflexivas e incitadoras, gesto que será, sin lugar a dudas, su sello y su legado. Es necesario recordar aquí sus libros, *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina* (2002), y *Leer en América Latina* (2004), además de los numerosos volúmenes colectivos de los que fue coordinadora, fruto de investigaciones grupales por ella dirigidas, como *Las cenizas de la huella. Linajes y figuras de artista en torno al Modernismo* y (1997), *La novela latinoamericana de entresiglos (1880-1920)* (1997), *Legados de José Martí en la crítica latinoamericana* (2000), *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires* (2004).

Tuvo muchos e intensos amores literarios, pero José Martí y Rubén Darío fueron sus preferidos. Les dedicó clases brillantes y escritos imprescindibles. Resuena, en este preciso momento, su lectura de las últimas líneas de la “Epístola a la Señora de Lugones” que dicen, en su despedida, “y guárdame lo que tú puedas del olvido”. Su figura, su obra y su magisterio no corren riesgos de desmemoria, ya integran esa gran tradición latinoamericanista que difundió con generosidad formidable y radiante trayectoria.

Beatriz Colombi

Susana Zanetti. De la elocuencia a la más pudorosa despedida

Me fui a vivir a Buenos Aires en octubre de 2001 pese a los catastróficos y para mí poco creíbles vaticinios de mis amigos argentinos sobre un inminente colapso del país. El viaje intentaba iniciar una etapa de vida fuera de Cuba y encaminar mis pasos de una vez hacia el mundo académico. Pocas semanas después estalló la devaluación y Argentina se hundió en el caos. Algunos conocidos se convirtieron en fantasmas atormentados por el desempleo, las deudas y la bancarrota, mientras yo intentaba dar sentido a mi experiencia de cubano en vías de asumirse como emigrado definitivo. Leer sobre emigraciones, diásporas y exilios del siglo XX se me convirtió en una obsesión. Intentaba conectar mi experiencia trashumante con las de quienes me habían precedido. Escribía sobre el tema desde el periodismo, que había sido mi oficio durante una década, y a la vez lo ensayaba desde un nuevo territorio, la academia.

Vagaba por las bibliotecas de Buenos Aires y en ocasiones me infiltré en las clases de maestría que dictaba Susana Zanetti. Su raudal expositivo sobre el romanticismo hispanoamericano me impresionó en las aulas de Puán. En aquellos días nunca la abordé, ni le agradecí desde mi condición de discípulo polizón. Sin embargo, unos meses después se me convirtió en una persona clave. Durante mi búsqueda de una directora para mi investigación de maestría, me sugirieron que conociera a Carolina Sancholuz. La esperé en la confitería Ritz frente a la UNLP y encontré una llamarada de entusiasmo y solidaridad. Carolina ajustó mi primera cita con Susana para un sábado en Buenos Aires. A partir de entonces la visité durante meses. Viajaba desde San Telmo en la línea A y caminaba por Acoyte hasta su apartamento luego de comprar las flores sencillas que permitían mi bolsillo de náufrago. En una ciudad trastornada por la incertidumbre, entrar en su apartamento era sumergirse en una burbuja de orden, sobriedad y buen gusto. Me recibía con un té y contaba de sus progresos en el alemán.

Aquellas conversaciones de cada sábado, de nueve a diez, contribuyeron a que yo encontrara mi propio centro intelectual y me replanteara la relación con mi país. Todo en ella era abundancia: me prestaba estupendas ediciones que yo ni remotamente podía comprar, lanzaba sugerencias sobre mis borradores y preparaba listas de contactos para enviar mensajes y cuestionarios a escritores en Europa y Estados Unidos. Corregía mis páginas, redactadas con el estilo de ráfaga directa y concisa del periodismo, y me incitaba a dejarme llevar por los meandros del estilo académico. Gracias a aquellas visitas accedí a la mejor teoría y crítica hispanoamericana y europea. Susana daba la sensación de que había leído todo y conocía a todo el mundo. Era más generosa y paciente conmigo de lo que yo mismo tenía conciencia. En ella fijó el modelo de lo que ahora, como profesor en los Estados Unidos, intento ser con mis estudiantes.

Volvíamos a encontrarnos en el invierno del 2010 en la UNLP. Carolina revoloteaba alrededor con el mismo brillo de la primera cita de casi diez años antes. Susana llevaba el cabello corto y teñido de amarillo. Lucía mucho más joven. Habían organizado una presentación de *Cuba per se. Escritores de la diáspora*, que agrupa testimonios de medio centenar de escritores cubanos radicados en diferentes países, desprendimiento de la investigación que había realizado con Susana. El aula se llenó de jóvenes expectantes que, para mi sorpresa, no resbalaron en los estereotipos y los ánimos encendidos que proliferan en torno a la revolución y la diáspora cubanas. Aquella noche Susana me volvió a recordar a la académica que había visto brillar en un sombrío salón de clases en el 2002. Trazó un panorama del origen, las fallas y los aportes de las revoluciones del siglo XX. Su análisis era tan vívido que parecía el relato de una sobreviviente. Escuchando a Susana tomaban mayor

sentido mis pérdidas, ganancias y viajes por cinco países en busca de una nueva vida, profesión y escritura. Regresamos a Capital en medio de una niebla tan densa que el remís parecía flotar mientras Susana me regalaba ideas para mis clases y artículos. Volvimos a reunirnos unos días después, en *Pepito*. Bebimos, brindamos, nos tomamos fotos. Lucía tan vital que le lancé la idea de que visitara los Estados Unidos. No la volví a ver. En el 2012 intercambiamos los últimos mensajes. Luego no tuve más noticias. Carolina tendió el primer puente y el último. Sólo unas horas después de que Susana se escurriera definitivamente de Buenos Aires el 20 de agosto tuve noticias de sus padecimientos y de su decisión de sobrellevarlos en silencio. Ella, que fue tan generosa y tuvo tanta elocuencia, eligió el modo más pudoroso de despedirse.

Armando Chávez Rivera

Recuerdo de Susana

Susana fue la primera colega que conocí hace más de veinte años en la Facultad de Humanidades de La Plata cuando ella era directora del Departamento de Letras y yo me iniciaba como profesora de Literatura Española. A partir de entonces comenzaron nuestros diálogos y debates sobre cómo entender el hispanismo en nuestra América austral, cómo enseñar en las aulas de la universidad argentina la literatura del Siglo de Oro y la novohispana en un escenario de tensión de continuidades y rupturas, en un entrecruzamiento en que los modelos peninsulares se debilitaban frente a la fuerza de las nuevas voces americanas y más aún frente a la avasallante defensa que Susana hacía de ellas.

También tuve el honor de compartir con Susana el ámbito del Centro de Estudios de teoría y Crítica Literaria, la Revista *Orbis Tertius* y las reuniones periódicas a las que asistía con puntualidad sarmientina y a las que aportaba su sabiduría de fina lectora, su crítica lúcida y una pasión sin límites por la literatura y la cultura en su conjunto, encendida siempre en acaloradas discusiones.

Ni Susana ni yo estudiamos en la Universidad Nacional de La Plata. Quizás fue ella la que me enseñó a comprometerme profesional y afectivamente con esta casa que se fue convirtiendo día a día en el lugar desde donde defender la universidad pública, desde donde trabajar en pro de la literatura y la cultura iberoamericanas en un sentido amplio, integrador y controvertido. Le agradezco su apasionado magisterio literario y su compromiso ético ineludible.

Gloria Chicote

Conversando con el recuerdo: la Susana que conocí y disfruté

Es difícil hacer una semblanza de una persona como Susana. Conocí varias facetas de su personalidad y sé que solo se trata una acotada porción. Me tocó en suerte transitar al lado de ella los últimos quince años de su vida; claro, algunos tramos de su camino, separada por la distancia física que impone la geografía. Pero ella estaba y está siempre ahí, a la vuelta del teléfono. Viajamos mucho, nos enredamos en larguísimas conversaciones telefónicas. Buenos Aires se convirtió para mí en un lugar “deseado” para ir una y otra vez porque siempre nos juntábamos horas y horas a charlar, y no solo de literatura.

En casa, con mi familia, Susana transparentó su mejor perfil humano. Para mis hijas (ya adultas) era una fiesta sentarse y charlar horas con ella... le gustaba regar el jardín, retarme porque llamaba “clavel del aire” a una especie que ella conocía con otro nombre, y allí venía la explicación de sus años en la editorial... Y más anécdotas... Disfrutaba como una niña de los asados familiares del domingo, del vinito tinto, de las tardes en una reposería en el jardín, de los paseos por las sierras cordobesas. Cierta vez, en Vaquerías, el complejo turístico de la UNC, parecíamos dos adolescentes “tiradas” en unos sillones y leyendo poesía en voz alta, a la vez que contemplábamos el atardecer en las montañas. Esa Susana ha quedado grabada a fuego en mi memoria.

Por cierto que lo mismo sucede con Susana pública, la académica. Estoy segura que quienes pensemos en una semblanza vamos a coincidir en destacar muchas virtudes. Cuando uno logra llegar al corazón de Susana, logra traspasar la barrera que ella (creo que inconscientemente en algunos casos, pero deliberadamente en otros) imponía en los primeros encuentros, aparece una persona de una generosidad y una lucidez insospechada. Fue mi directora en dos tesis de posgrado que estuvieron, como es propio de quien las escribe en edad madura, acompañadas por el vivir. Y fue así que mi teléfono sonaba cuando mis ánimos decaían, cuando los tiempos se escabullían, cuando parecía que no iba a poder seguir. Y allí estaba ella, alentándome, acompañándome. Durante esos años perdí a mis viejos pero nacieron varios nietos. El fluir de la vida se hizo más intenso que nunca. Y ella siempre presente. Susana fue un sostén intelectual y espiritual, lo que no es fácil encontrar en el mundo académico. Fue la MAESTRA con quien dialogábamos, discutíamos, quien corregía con su fibra negra o roja y dejaba lo que yo pensaba era mi último borrador... como un ejercicio de niño que recién comienza a escribir. Y tras ello, sus palabras: “está fantástico... seguí”. Y venían sugerencias de más libros y más lecturas y más conexiones. Si pudiera pensar en imágenes que la definan, diría que Susana se me representa como una red, al modo de las redes neuronales, con múltiples y arborescentes ramas. Cada tema disparaba un sinnúmero de conexiones y así, en medio de esa multiplicidad de conexiones, anécdotas, chistes, insultos, y mucho, mucho saber, del bueno, del que deja huellas. Siempre le decía a mis colegas y alumnos: creo que no existe un libro de literatura latinoamericana que Susana no haya leído. Pero también me hizo re-descubrir la literatura francesa, alemana, italiana... a veces era arduo seguirle el ritmo con las lecturas, pero cuánto sedimento han dejado. Me gustaba hacerla enojar cuando le contaba sobre “novedades” de la crítica académica a las cuales ella consideraba una “sarta de pavadas”. Y asomaba entonces la Susana peleadora, la que no escatimaba en calificar de “tilinga” a quien acababa de exponer una ponencia y decía –según su entender– “barbaridades”. Y eso sí, ir a congresos con Susana era extenuante. Se sentaba a escuchar la primera mesa de la jornada y se levantaba con la última, pucho y café de por medio. Y seguíamos... a la noche, con un vino de por medio y hasta la madrugada, enredadas en conversaciones y relatos de aventuras inolvidables. Recuerdo cuando estuvimos en Talca, le entregaba un premio al escritor mejicano José Emilio Pacheco. Era evidente el aprecio y el

respeto mutuo entre estos dos “monstruos” de la literatura latinoamericana. Las charlas pre y post cenas fueron inolvidables. Lamento no haber tenido en ese momento la disponibilidad de un grabador para dejar guardadas esas lecciones de sobremesa de las cuales tanto aprendí. Pero quedaron las fotos y el recuerdo de algunos comentarios.

Susana fue también un puente, una especie de “llave mágica” que abría puertas insospechadas y en las más remotas academias del mundo. Y esa ayuda es invaluable. Pero hay algo que me importa muchísimo destacar, como docentes, como orientadora de tesis, como investigadora. La marca más profunda que me dejó la Susana intelectual es la de su gran RESPONSABILIDAD y RESPETO por el saber. Estudiaba, estudiaba, estudiaba y lea todo lo que tenía a su alcance. Y tenía la humildad de decir: “¿podés leerme este artículo para ver si no digo macanas?”. La primera vez que me lo pidió me sentí muy comprometida, casi inhibida de leer y hacer algún comentario. Después me acostumbré y aprendí que esa es una actitud de los grandes de verdad. Y me sentí respetada y querida, intelectual y humanamente por una persona excepcional, de esas de quienes se dice que “hacen una y rompen el molde”.

Susana se ha ido. Sus gestos, sus palabras, su obra han dejado huellas imborrables. Susana fue y sigue siendo mi mejor referente intelectual. La extraño. Todavía, cuando tengo alguna duda, tomo el teléfono. Me cuesta aceptar que ya no está allí. Pero su voz sigue resonando lúcida, serena, sabia; sigue viva, en sus libros, en la memoria.

Y no sigo más...se me pianta un lagrimón...

Cristina Dalmagro

En movimiento Para Susana Zanetti

Cuando la veo, la veo en movimiento.

Corriendo detrás de un bus que quería parar, aquel 11 de septiembre de 1991, en Buenos Aires, cerca de la Avenida Díaz Vélez, convenciendo finalmente, contra toda esperanza, al chofer. ¿Habrá sido su mirada siempre intensa, siempre atenta? O corriendo bajo la lluvia, aquel 2 de octubre de 2012, otra vez en Buenos Aires, después de salir de un restaurante donde habíamos almorzado, para parar a un taxista que tampoco se negó. ¿Por qué ese frío que yo había sentido durante las dos horas que yo ya había pasado allí de pronto desapareció cuando ella entró, quitándose el paraguas, con un movimiento casi brusco?

Ese movimiento de sus labios al recibir el cigarrillo siempre encendido, en el momento en que se giró hacia esa máquina de escribir que dos segundos más tarde ya empezó a teclear hipnotizada, escuchando (y cantando) simultáneamente, en voz alta, un disco de María Callas, «Casta Diva», creo. Ese movimiento de sus dedos ágiles sobre la claviatura de su vieja máquina, en su apartamento bonaerense, escribiendo un artículo sobre *Lucía Jerez* en el marco de la novela modernista hispanoamericana. ¿O fue su conferencia en el congreso que organizó en La Plata y que iba a terminar, en aquel 1991 tan lejano, con una noche de tango, cantando y bailando emocionada? Y ese movimiento de sus manos, aquel 3 de diciembre de 1993, cerrándose el abrigo al salir de un hotel en Erlangen, para protegerse contra ese frío infernal que espantó no sólo a los cubanos allí presentes sino hasta a los mismos alemanes. Hablándonos luego sobre ese modernismo que se había convertido en uno de los grandes estímulos de su pensamiento.

O ese movimiento con el que se salvó, un 19 de mayo de 1995, de un sol implacable en ese triste Dos Ríos, transformado en Plaza de Armas, buscando la sombra antes del comienzo de uno de esos discursos de Fidel Castro que nunca se aguantan, en pleno sol. Con la emoción de seguir los movimientos del que llamaban (y siguen llamando) el Apóstol, el Maestro, el Mártir. Sin olvidar el movimiento rapidísimo con el que sacó de la última bandeja uno de los últimos cócteles en la apertura de un congreso, ya no en Santiago de Cuba sino en Santiago de Chile, un 12 de agosto de 2008, para ofrecerlo, feliz, a un amigo. Siempre ese movimiento de solidaridad, siempre ese movimiento de generosidad, con ese amor inquebrantable por la literatura, su gran *magistra vitae* que la había convertido, a su vez, en una gran maestra.

Ese movimiento de la literatura latinoamericana a la que había dedicado toda su vida: leyendo, editando, discutiendo, enseñando, corrigiendo, comentando, analizando, escuchando, escribiendo. Ese movimiento de una filología comprometida con la ética, de una crítica literaria comprometida con la estética, que sabía desarrollar como muy pocos saben hacerlo. Porque la literatura, para ella, se había convertido no en profesión sino en vocación: en el *movens* de su vida, tanto a nivel de sus viajes materiales como espirituales, de sus *motions* como de sus *emotions*. Si es cierto que la filología forma parte de la literatura, entonces sus libros quedarán como parte integral de esa literatura a la que tanto amaba. Alcanzando, contra toda esperanza, a un público lector consciente de sus coreografías.

Cuando la veo, la veo en movimiento. Y nunca dejaré de verla en movimiento.

Ottmar Ette

Homenaje a Susana Zanetti

Conocí a Susana Zanetti cuando, muchos años atrás, empezaba yo -y también ella, como supe al día siguiente del comienzo- la carrera de Letras en la Facultad de Filosofía y Letras, en el querido edificio de Viamonte 430, que aún subsiste. Claro es que, si en la actualidad no sólo vivimos en otro siglo, sino que por añadidura, hasta el milenio ha cambiado, con el correr de las décadas, el destino de los edificios también sufrió las modificaciones que inexorablemente impuso el paso del tiempo. Sin embargo, considerábamos siempre que esos cambios se daban en lo externo, pues nuestra amistad era muy firme y la disfrutábamos con alegría. Por otra parte, surgían enfoques nuevos, aquellos que terminada la escuela secundaria, no imaginábamos que existieran. Así, aprender alfabetos desconocidos, o escandir versos, o lo que significó para nosotros una gran novedad: saber que existía otro tiempo verbal cuya existencia ignorábamos: el “aoristo griego”...

Transcurrió el tiempo y experiencias entrañables nos acercaron, como elegirla para ser testigo de mi casamiento, en 1965, o durante varios años compartir distintos seminarios en la UBA... Mientras, las especialidades se bifurcaban: a Susana le atraían los textos literarios como a mí, pero, sobre todo, quiso profundizar los hispanoamericanos, precisamente el *curriculum* evidencia con claridad su vocación volcada en una bibliografía numerosa que consta de artículos, colaboraciones en obras colectivas, algunas bajo su dirección, y varios libros. Cito sólo unos pocos ejemplos que demuestran esta inclinación: “Ángel Rama y la constitución de una literatura latinoamericana”; “El poema posible entre César Vallejo y Rubén Darío”; “El modernismo y el intelectual como artista: Rubén Darío”; “Traducciones, versiones y homenajes, en la poesía de José Emilio Pacheco”; “Leyendo *María* de Jorge Isaacs”; “La conmemoración de la independencia hispanoamericana en José Martí”; “Brechas del muro: exilio interior y censura; la poesía en Buenos Aires de la dictadura a la democracia”; “Apuntes acerca del canon latinoamericano”; “Perfiles del letrado hispanoamericano en el siglo XVII”; “Leer en América Latina”.

Has partido, muy querida y recordada Susana. Tu sincera y permanente nobleza más los penosos sufrimientos que padeciste hacen justo tu reposo y es tiempo ya de “descansar en paz”.

Lilia Ferrario de Orduna

Fascículos

*There is no glory in it. Mourning is full of time;
nothing but time. [...] How to Forget Friends Who Have Died
[...] And there is always time. Have some more time.
Take your time. Extra time. Time on your hands.
Julian Barnes, *Flaubert's Parrot* (1984):160.*

Si es verdad que la pregunta “¿Quién eres?” sólo puede responderse en función de quién y a quién se la formula con una narración que, en nos constituye, entonces es verdad que alguna parte de mí misma ha muerto un poco. Será imposible dar respuesta a una pregunta que nunca volverá a ser formulada de la misma manera por esa voz de Maestra paciente, que da clase mientras cena al tiempo que sopesa los avances de mis lecturas y corrige mi uso de las preposiciones.

Conocí a Susana en el tren Sarmiento, en algún momento entre Ituzaingó (donde yo vivía) y Morón (donde ambas bajamos). Corría el 1979, y no era un año fácil, no hace falta que se los recuerde. Era la época en que no le hablábamos a nadie que no hubiéramos conocido “de antes”. Todo a nuestro alrededor estaba bajo sospecha y los coches del ferrocarril Sarmiento no eran precisamente un lugar seguro; ahora tampoco, pero por diferentes motivos. Frenar el tren y derivarlo a los galpones a la luz de las linternas era “un clásico”, aunque no de los sábados por la mañana y era sábado por la mañana. Yo iba a mi entrevista “de trabajo”; el año anterior me había graduado en filosofía, aún no había conseguido una hora de clase como “profe”; seguía trabajando como maestra de grado y daba “clases de inglés” (perdón Lenguas Modernas) para seguir adelante. Era el año en que me había quedado sin amigos... Pero ese no es el tema de esta página.

El sábado siguiente en el mismo coche a la misma hora, la misma señora ahora con blusa de color coral y falda negra, llena de libros, sentada en el mismo asiento “de cuatro” me hace una seña y me dice “¿Te tomaron? Te van a tomar, necesitan profesores con título ¿Tenés título, no? Disculpame, no me presenté, mi nombre es Susana Zanetti, doy Latinoamericana”. Más que sentarme me caí en el asiento vacío frente al suyo. Para mí, ese nombre firmaba un par de colecciones que solíamos comprar con mis amigos bajo estas condiciones: cada semana uno distinto de nosotros compraba un libro de la colección y lo rotaba; había que leerlo y pasarlo; había que reunirse para “discutirlo” y había que recomenzar la ronda. Pero para ese año, el kioskero ya hacía tiempo que me había advertido que no fuera a buscar libros de “esa” editorial, y también hacía bastante tiempo que ya no había con quién rotar libros, ni con quién discutirlos.

Por unos años, ese corto viaje en el quinto coche, en el asiento de cuatro del lado izquierdo en el centro de la fila, constituyó mi espacio de discusión, aprendizaje y “recepción” de infinitos libros de la biblioteca de Susana. Cuando después del ochenta y cuatro volvimos a encontrarnos en la UBA, primero, y en La Plata, después, descubrimos que vivíamos en lados opuestos del Parque Centenario y que a distancia equitativa de nuestros departamentos estaba el restaurante “Los Portugueses”. Allí eventualmente solíamos cenar bajo la solícita mirada de Pedro, mientras Susana me explicaba pacientemente quién era Sahagún, cuáles eran las mejores redondillas de Sor Juana y me llevaba a descubrir a Armonía Somers. Seguimos discutiendo, analizando e intercambiando filosofía por literatura. Nunca logró hacerme amar la poesía lírica, nunca logré que viera la belleza de un argumento despojado de adjetivos y de adverbios.

La última noche que cenamos juntas, en junio, Susana decidió elegir “un buen vino” y brindamos por la vida. ¡¡Por la vida, Susana!! ¡Y por las huellas que dejaste en todos quienes tuvimos la buena fortuna de conocerte!

María Luisa Femenías

Susana Zanetti *in memoriam*

Fue una lectora voraz y profesora de la Literatura Latinoamericana: ese orden es el que más me convence, porque la segunda se alimentaba de la primera y además porque la lectura fue siempre el núcleo de todas sus reflexiones. Y ahora, con su muerte, vengo a darme cuenta, en una perspectiva que antes no tenía o tenía a medias, de que todos sus estudios sobre la figura del lector encarnan en la rotunda concretez del libro.

Quienes nos formamos con ella, tuvimos la gracia de su biblioteca, una de las más completas –si no la más- del país. Allí estaba todo lo que necesitábamos leer sobre América Latina y la verdad de la historia es que pudimos hacerlo porque Susana no sólo nunca nos negó un libro sino que, redoblando la apuesta, propició el préstamo en un acto generoso sin parangón. Esa biblioteca fue su casa y su reino: allí nos recibía, allí nos reunimos durante años semanalmente, y mientras trabajábamos, en algún momento de la jornada, ocurría siempre el milagro: su mano se extendía hacia algún estante para extraer de él una joya, esa que habíamos estado buscando infatigable e infructuosamente de país en país, de archivo en archivo, en un tiempo no muy remoto en el que todavía ni internet ni google existían. Cuando se producía el préstamo, eso quería decir lo siguiente: que el libro iba a Rosario, de Rosario a Mar del Plata, de Mar del Plata a la Patagonia, de la Patagonia al Noroeste, del Noroeste a La Plata, de La Plata a La Pampa, de La Pampa volvía a Buenos Aires. Y supongo que debía ser mayor el circuito que estoy imaginando en este momento. Mi generación, que ingresó a la Universidad en el oscuro año de 1976, se formó gracias a las bibliotecas argentinas provenientes de la época de oro del país pero, después del Golpe y su consabido desmantelamiento, muchos debimos acudir a las bibliotecas personales, aquellas que podían ponerse al día, para seguir adelante.

Y la de Susana, en el área de la Literatura Latinoamericana, fue una de ellas: aggiornada, competente, actual, políglota, frondosa. No sólo libros sino revistas culturales y publicaciones periódicas: desde *El Cojo Ilustrado* a materiales fotográficos como los del peruano Martín Chambi o incluso meros folletos de alguna exposición internacional a la que había asistido y que según su parecer merecía un lugar entre los anaqueles o en los prodigiosos archivos en caja, rigurosamente numerados como debía ser para una profesora que había sido, también, alguna vez, bibliotecaria. No puedo menos que sentirme halagado y agradecido de haber sido alguien formado en esa biblioteca y de ahora en más –y ahora más que nunca- me siento comprometido con el gesto generoso, solidario de Susana Zanetti con la ética que infundió a su biblioteca personal para que no sea personal, para ganarle una pequeña pero a la larga gran batalla a esta sociedad capitalista signada por el egoísmo.

Estos son, en definitiva, los verdaderos gestos que valen y en eso fue una maestra: no sólo enseñar, transmitir, investigar o dar conferencias sino dar al otro la misma fuente en la que se alimenta uno, compartir de verdad todos los libros, solidarizarse con la situación del otro que no puede no acceder al libro que necesita y que en algún lugar lo espera; en fin, ahora que lo pienso, tengo la certeza de que esta mujer ha estado haciendo política en cada uno de estos actos y nosotros, al menos yo, no lo tenía muy claro hasta ahora. Ahora me doy cuenta de que la austeridad de Susana invirtió en libros y formó, a lo largo de los años, una biblioteca para el futuro. Apostó a ir más allá del presente para llegar más raudamente al porvenir que la aguarda. Su pobreza está estrechamente ligada a la biblioteca.

Susana muere rodeada de sus seres queridos y rodeada también de sus libros. Este acto me conmueve: morir en la casa propia y con sus libros. Me conmueve tanto que, por un momento, no puedo saber qué es lo que me resta por escribir, qué es lo que este texto me pide que escriba desde su llamada, desde su nebulosa verdad. Me imagino un concierto literario,

un concierto de presencias, un concierto de voces, me imagino como un acompañamiento en ese último acto. Me imagino que algo debieron decir por última vez la discípula Sor Juana, el amado Darío, el inquebrantable Martí, el *desgarrado* Vallejo como una vez dijo de él. Me imagino que tanta presencia debió mitigar la real despedida. Pero me quiero quedar con esta imagen última luminosa para mí: Susana murió con sus seres queridos y su gato fidelísimo, tendido a los pies de la cama, en su biblioteca. La biblioteca, que era su casa.

Enrique Foffani

Sobre Susana Zanetti

Decir algo sobre Susana Zanetti parece fácil y al mismo tiempo se hace difícil. Lo primero, porque ante todo se impone la necesidad ineludible de destacar su alto perfil de intelectual como una de las más rigurosas y apasionadas especialistas en literatura latinoamericana. Por esa razón, la originalidad de sus intervenciones críticas en ese campo, la densa red de investigaciones y formación de discípulos que articuló y el ejercicio infatigable de una docencia que no se detenía en los límites del aula fueron profusamente recordados en los días que siguieron a su muerte con pareja admiración. En esas evocaciones resonaron algunas notas reiteradas: la generosidad de su magisterio; cierta majestuosidad con que su presencia se imponía en las clases; la insistencia obstinada en la mayor calidad cultural o estética de la literatura que amaba. De ahí que algunos de sus amigos hayamos recordado largas discusiones en las que Susana afirmaba con énfasis juicios tales como “Blest Gana es superior a Stendhal”. O, en lo que hace al desborde de los límites de ese magisterio incesante, que un simple llamado telefónico siempre corría el riesgo de convertirse, antes de que uno se diera cuenta, en una clase sobre algún tema o autor que en ese momento Susana tenía en su cabeza. Y aun en este punto en el que hasta llegaba a ser irritante, a floraba algo que en verdad era admirable en ella: no condescendía a la trivialidad.

Lo difícil es ignorar cierto lado de sombra indisociable de estos rasgos tan característicos. Llevada por la pasión latinoamericana, Susana podía ser tan rigurosa como arbitraria. Era tan exigente de argumentaciones sólidas y fundadas como celosa de sus prerrogativas en ese campo. Sus amores y sus rechazos tendían a ser intensos. No vacilaba en formular juicios lapidarios, descalificantes o irónicos. Así, en una discusión sobre Cortázar: “¿Rayuela? ¡se te cae de las manos!”; o, frente al análisis algo sofisticado de un refinadísimo politólogo: “¿Qué me quiere decir este muchacho? ¡Parece un ateniense caído en la selva amazónica!”. Esto dicho con cierta entonación como de señora de barrio, que imprimía a frases como estas el raro humor que a veces desplegaba.

Pero las pasiones de Susana no se limitaban a la literatura latinoamericana. Además de dominar el más amplio repertorio de la literatura europea, se extendían a otros territorios de la alta cultura, como la pintura y la música. No solo guardaba en su memoria poemas enteros o breves citas que gustaba repetir, como los versos finales de un poema de Rimbaud o la serie aliterada “sentimental, sensible, sensitiva” de Darío. Era capaz de recordar con detalle los cuadros que la habían impactado e incluso en qué museo los había visto. Su relación con la música no se limitaba a asistir a los conciertos del Mozarteum o a la ópera. Así como indagaba en los modelos retóricos de la epístola para alcanzar una mejor comprensión de la “Epístola a la Señora de Leopoldo Lugones”, tomaba clases de educación musical para reflexionar sobre las transposiciones a que referían los nocturnos, sinfonías y sonatas de los poetas modernistas. Un día en que encontró a Juan Pablo Renzi escuchando “E lucevan le stelle” mientras pintaba, ambos se explayaron con idéntica intensidad sobre ambas artes. Aunque el diálogo encontró un punto de desacuerdo, porque él no logró convencerla del valor de “Masacre en el Puticlub” de los Redonditos de Ricota, Renzi llegó a una conclusión que solía repetir: “Susana es culta *en serio*”.

Esta complejidad tan idiosincrásica es quizá lo que hizo que Susana Zanetti haya llegado a ser para muchos un personaje inolvidable. Para corroborarlo y poner fin a estas evocaciones que no hacen entera justicia a su genio sin par, bastarán unas pocas frases extraídas de los numerosos mensajes que circularon ante la noticia de su muerte entre personas muy diversas, ajenas al círculo más previsible de sus colegas y discípulos:

sociólogos, politólogos o especialistas en filosofía política, psicoanalistas, abogados, etc., que la frecuentaron en el Club de Cultura Socialista:

“Me llevo de ella recuerdos amables y apacibles. Me gusta -también hoy- su estilo. Su tranquila impaciencia y su cabrona ironía. Fue ella quien en una fiesta me habló de Céline y de su *Viaje al fin de la noche*. Con tal admiración que al día siguiente lo compré y me asocié a su entusiasmo por esa novela. ¡Le estoy tan agradecida por eso!”

“Susana: Gracias por las varias décadas compartidas; por haberme enseñado a revalorizar a mi querido Sarmiento; por el redescubrimiento de Mansilla; por tu libro *La dorada garra de la lectura*, que leí con alguna dificultad pero valió la pena; por los autores americanos que conocí por tu recomendación; y por tantas conversaciones. No te olvidaremos.”

“Yo apreciaba a Susana mucho, mucho. Recuerdo fuertemente su presencia en el Club. Tenía un humor tan increíblemente personal y cabrón, una originalidad a prueba de todo, una arbitrariedad adorable porque exenta de todo dandysmo, de toda afectación. Me caía genial.”

“Era una persona, de las pocas que hay, que dejan huellas muy profundas. Me inhibía con su mirada que amenazaba con saberlo todo, y, al mismo tiempo, me daba todo lo que una persona le puede dar a otra. El afecto, la luz, el reconocimiento”.

María Teresa Gramuglio

Semblanza de Susana Zanetti

Quisiera recordar a Susana Zanetti a partir de una experiencia afectiva e intelectual personal. Desde muy temprano supe que estudiaría letras, pero me llevó algún tiempo descubrir qué haría en la carrera. Sin embargo, las dudas se despejaron cuando asistí a mi primera clase de literatura latinoamericana con Susana. Inmediatamente entendí que había encontrado un espacio en que podría religar varias de mis partes: su concepción sociológica de la literatura hacía eco en mi interés por las letras y por la política, probablemente heredado de la experiencia que les coartó a mis padres la Dictadura. Su “militancia” latinoamericanista se correspondía con mis antiguos proyectos adolescentes, compartidos en el Centro de estudiantes del Colegio Nacional, al calor de la primavera democrática (cuando recitábamos a Neruda y a Martí en los actos escolares; recordábamos el 12 de octubre como un duelo por el trauma de la Conquista, y hasta exigíamos la enseñanza de lenguas indígenas además de inglés o francés). En ese sentido, las clases de Susana me permitieron recuperarme a mí; resignificar el doble legado (estético e ideológico) que venía incorporando desde la infancia antes del Golpe, y que había reaparecido en la adolescencia, con la fuerza de una reparación histórica (pero también de una venganza secreta, íntima) frente a los largos años de “insilio” previos.

Además, Susana me cautivó con su afán moderno por abarcarlo todo, con esa fe por articular lo estético, lo cultural, lo social y lo político, y por dar cuenta de siglos de la historia literaria de todo el continente, con una ambición erudita que siempre forzaba sus propios límites, resistiendo las críticas posmodernas a la crisis de los grandes relatos.

También me impresionó su dedicación a las clases, que asumía como una tarea “sagrada”, heredera conciente del legado martiano y reformista sobre el trabajo intelectual como una entrega “heroica” y desinteresada. Más allá de –o junto con- la conciencia autocrítica acerca del carácter histórico y construido de ese ideal, Susana preparaba sus clases, escribía o dirigía a sus tesis con una misma –y constante- responsabilidad “trascendente”.

A partir de entonces establecimos una larga relación, de casi veinte años, jalonada por mi trabajo en becas, tesis, concursos... Ese recorrido no estuvo exento de algunas dificultades, e incluso de conflictos. No siempre me fue fácil enfrentar su dureza, aunque con el tiempo aprendí a valorar especialmente su transparencia: Susana era así, sin dobleces. Además, esa dureza se combinaba con una generosidad intelectual poco común para ofrecer libros e ideas sobre cada tema de estudio que uno/a quisiera abordar. Armonía Somers, Lima Barreto, José Martí o Mário de Andrade fueron algunas de nuestras obsesiones comunes. Susana vivía con esos autores, pensaba el mundo a través de sus textos. Y mi dedicación a la literatura y el pensamiento brasileños le deben todo a la pasión con que insistía, igual que Ángel Rama o Antônio Cândido, en la necesidad de estudiar a Brasil en una comparación sistemática con el resto de América Latina.

Este año era el último en su docencia de grado. En abril la encontré triste, preocupada por no saber cómo asumir ese vacío que dejaría en su vida este alejamiento ya más definitivo de la facultad. Y precisamente cuando dejaba la docencia, que había sido “su vida” por años, su fortaleza física se desmoronó irreversiblemente en pocos meses. Entonces me sorprendió la valentía con que fue transitando concientemente su final, en un equilibrio admirable entre enfrentar la enfermedad y preservar su dignidad humana, decidiéndose finalmente en favor de esperar la muerte en casa, con su familia, sus libros y “Lumi”, el gato que la acompañó en sus últimos años.

La importancia nacional e internacional de Susana, en el campo de la literatura latinoamericana, hacía que frecuentemente se la percibiese como una institución. La

enfermedad, en cambio, puso en evidencia la misma fragilidad precaria que nos define a todos, aunque no sé si todos podremos enfrentar la muerte con tanta entereza.

Es difícil (al menos me es difícil) no vivir su partida como una herida narcisita que recuerda el absurdo de pensar nuestra tarea intelectual como un “Exegi monumentum...” sin fisuras. La experiencia de la muerte es un arrasamiento irreversible; lo sabemos. Pero de Susana nos quedan muchas huellas: entre otras, sus textos críticos –tan agudos-, el ejemplo de un compromiso sin quiebres con sus alumnos, sus discípulos y sus colegas, y el ideal de un proyecto intelectual latinoamericanista, integrador. Y nos queda, además, la responsabilidad de mantener vivo ese legado.

Alejandra Mailhe

Susana Zanetti

En mi última visita a Susana hablamos de libros, de aquello por hacer, de ideas. Hablamos de *magisterio* y *educación* a partir de personajes y escenas de ciertas novelas latinoamericanas de inicios del siglo XX. En el vacío que su muerte deja, son dos palabras que recuerdo, y hoy, de modo oblicuo, impregnan su figura.

“Me pagaban para leer”. Es una frase que Susana solía repetir cuando contaba historias de su trabajo en editoriales; de esa manera transmitía (sostenía) el peso de EUDEBA y el CEAL, no solo respecto de su vida, haberse formado allí, sino de algo que le importaba: haber contribuido a la conformación de un público lector. En el Prólogo al volumen *Leer en América Latina* recuperé dicha frase, que Susana había explorado en la primera nota de *La dorada garra de la lectura*; entonces me pareció un umbral a trayectos y argumentos que sus ensayos introducían, en superficie o en trasfondo. Es una frase que hoy regresa porque la lectura como principio formador era una obsesión de Susana, para sí y para los demás (y desde aquí nunca mejor indicado el uso *Bildung* respecto del concepto de educación que asedio). La lectura y la multiplicación de lectores, desde lo más extenso, su labor en el campo editorial, a lo mínimo, esas instancias de *magisterio* informal que Susana propiciaba y que no se circunscribían a lo disciplinar, se teñían de música, pintura, arquitectura, geografía, botánica... desde ciertos focos, las capitales y algunas ciudades de Latinoamérica o de Europa que traía en imágenes, y, es claro, Buenos Aires, la ciudad tan conocida. “EUDEBA y el CEAL eran lugares donde me pagaban para leer y donde escuchaba a otros que sabían mucho de distintas cosas...”, solía repetir de modo diverso, subrayando el efecto multiplicador y a esos pares que habían sido sus maestros circunstanciales.

“Me pagaban para leer”. Siempre me impactó esa frase que si implica un reconocimiento, a la vez parece esconder una deuda: me pagaban por hacer lo que más me gusta. Porque esta “ideología” de la formación / información (parafraseo a de Certeau) que intento describir se nutría del placer de leer y releer, del vagabundeo o el consumo compulsivo, de una necesidad del libro superadora de la noción de uso, que partía de su concepción como objeto desencadenante de experiencias estéticas, de ahí también el anhelo de su difusión (No es casual que Zanetti haya rescatado precisamente en el primer párrafo de su ensayo sobre Rama -incluido en el volumen que compilé, su faceta de lector voraz).

Recuerdo, a propósito, el primer seminario que Susana Zanetti dictó en Mar del Plata para alumnos de la Maestría en Letras. Fue sobre novelas latinoamericanas de entre siglos, la mayoría desconocidas por nosotros. Novelas fotocopiadas de libros que Susana acarreó en una valija donde había poca ropa, la estrictamente necesaria, como sucedía en cada uno de sus viajes, pues la idea, en realidad, era ocupar el menor espacio para traer la mayor cantidad de libros. Novelas que dejó en una fotocopidora hasta su partida, joyas compradas en cada país visitado, que repentinamente puso al alcance de todos. Pienso en uno de los objetivos del trabajo de Susana Zanetti a lo largo de los años, de algún modo sugerido en estas líneas: la instauración de redes, como editora, como lectora, investigadora, divulgadora, maestra, es decir, como productora cultural incansable. Redes hacia la consecución de un proyecto intelectual basado en convicciones firmes aunque abiertas a un diálogo renovado, que impulsó a través de mudanzas materiales o simbólicas, desde la elección de objetos de estudio a su adhesión a propuestas editoriales como aquellas en las que había participado u otras donde intervino con sus aportes. O algunas que, aun no interviniendo, Zanetti se encargó de alentar y divulgar empecinadamente porque siempre concibió la edición y la difusión (como la lectura y la escritura) modos de defensa del libro “en tanto creación y expresión cultural liberadora”.

La cadena de los libros y los libros como eslabones, pero también como nudos de tramas que Susana configuró a la manera de un vector inquieto, de enorme generosidad intelectual, un vector convocante a leer y a producir. “Sería fantástico que alguien escribiera sobre esto”. Es otra frase que parafraseo y seguramente muchos de quienes la frecuentaron, recuerden. Era una idea que de repente lanzaba en clases o conversaciones privadas sin reparar en qué era propio o ajeno, como los libros, suyos y sin embargo, a disposición de cualquiera, de todos nosotros... Un sobre de papel madera llegaba. Reconocía su letra. Era la copia de un libro que quizás podría serme útil porque sabía qué estaba estudiando o sobre qué escribía, un libro que nunca había pedido. Así, con una nota brevísima donde enviaba saludos, adherida a una preciosa tarjeta, la réplica de un cuadro, la imagen de un parque cruzado por un riacho, de pájaros multicolores o de algún gato, siempre de notable refinamiento, como esos pequeños objetos comprados en los viajes, ubicados en precisos lugares de su casa, breves marcas de trayectos reveladores de su mirada itinerante e interferida, como el lugar desde donde enunciaba.

Y también recuerdo el último viaje largo de Susana a Mar del Plata, hace dos veranos, cuando se instaló a releer de corrido *Guerra y paz*. Trajo su música y el clima fue tan espantoso que casi no pudo pasear por la costa o ir a la playa por las tardes, como le gustaba, donde leía el diario, tomaba té y discutía de política; o nos “retaba” a recitar letras de tangos y milongas, quizás con el anhelo de actualizar disputas anteriores, juegos con competidores avezados, quienes seguro recordaban completo y compartían ése y otros gustos. El verano se había puesto de acuerdo con una decisión impertinente, el encierro, el disfrute del encierro cerca del mar, y de páginas y páginas de Tolstoi que en la cena a veces comentaba.

Lectura, estudio, consagración a una tarea, defensa de las propias convicciones, deseo de transmitir saberes y estimular la curiosidad... son palabras y frases que atraviesan las primeras, *magisterio* y *educación*, regresándome al comienzo: ese día Susana enlazó a *magisterio* una palabra que hoy se satura de otros sentidos, la pronunció dos veces: “discipulado”. Es una palabra que parece reclamar, que espera cumplimiento, al menos de quienes la conocimos y pretendimos aprender con ella.

Mónica Marinone

A Susana Zanetti

En el día de hoy, 20 de agosto de 2013, murió nuestra querida Susana Zanetti. El verbo parece desdecirse sólo con imaginarla: era profunda, enconadamente vital, brillante e irónica, minuciosa en el saber y apasionada, beligerante, precisa, incansable.

Fue para muchos de nosotros una gran profesora en su altísimo don de ser esa gran lectora de la literatura de Latinoamérica en una dimensión universal. La recreadora de aquello que llamó el “archivo minucioso” en la tradición de Pedro Henríquez Ureña y de Ángel Rama. Lectora de un canon latinoamericano que construía y reconstruía cada vez. Así se llamó la compilación de sus textos que hizo Mónica Marinone: *Leer en América Latina*. Y *La dorada garra de la lectura*, su gran libro de crítica literaria, dice en ese título el modo particular en el cual ejercía ese don. Cada uno tendrá sus múltiples anécdotas acerca de su profunda actividad intelectual, su veloz ironía, sus opiniones contundentes que no esperaban el beneplácito del acuerdo sino la punzada del inconformismo, con esa especie de elegancia bravía que llevaba como nadie. Yo recuerdo cómo se refería a Rubén Darío o a José Martí, como si fueran poetas que todavía reinaran, perfectos e incesantes y revolucionarios, y a la vez familiares e inmediatos. Hablaba de ellos con fervor y temblor. No es una figura retórica: era una lectora material y real que nos inspiraba y obligaba a leer como si ejerciéramos una gesta privada que a la vez tuviera los ecos históricos del continente. La literatura como un acto ético. Por eso fue también una enorme editora en esos proyectos de alta cultura popular creados por Boris Spivacow, que nos formaron, sobre todo, en los años de la dictadura: Eudeba y, de un modo ejemplar, su trabajo enorme en el Centro Editor de América Latina. En el prefacio a ese libro que hablaba de las “Lectoras y lectores de novelas en América Latina” escribió:

“Trabajé en Eudeba y en el Centro Editor, en las colecciones populares de literatura argentina e hispanoamericana. Contribuimos, creo, a la conformación del público lector de las últimas décadas. Cuando dirigía la colección Las Nuevas Propuestas, continuación de la Biblioteca Argentina Fundamental que acompañaba la segunda edición de Capítulo a mi cargo, recuerdo que se me iba la vida en lograr una nueva edición de Muerte y transfiguración del Martín Fierro de Martínez Estrada, para dar un ejemplo entre muchos otros, y siempre me ha quedado flotando una pregunta sin respuesta: ¿Qué sabía yo de los deseos del público? Tratando de desbrozar apenas este problema escribí este libro”.

Escribo estas líneas veloces, que parecen muy formales sólo para disimular la tristeza, aunque a la vez siento alegría cuando la imagino y la tengo presente.

Soy uno más entre sus cientos de alumnos, que le agradecemos.

Jorge Monteleone

SZ

A Susana, sus alumnos, le copiábamos hasta la manera de fumar. Y el aula, inmensa, que bien podría haberse tragado su poco más de metro y medio de una bocanada, aguardaba su ceniza en silencio, expectante. Era de una solidez insólita, de un laconismo desparejo entre la máxima y la media ironía. Reía poco; sonreía muy bien. Cuándo dejó de fumar, no lo recuerdo: nimbada por el humo de esa palabra tan modernista, su memoria en la mía tiene esa forma y ese estilo, ese brillo ahumado tras el cual despuntan todavía inverosímiles y cambiantes los colores que elegía para su pelo y sus labios, delicados subrayados de sus ideas y sus palabras, ambas inolvidables.

Tampoco recuerdo cuándo comenzamos a conversar más seguido, a vernos en más en lugares menos predecibles y educativos. Vivíamos a cuerdas, descubrimos una tarde en el supermercado, que sirvió para que pasara por su casa a visitar unos libros que ella no me sugería, casi me intimaba a que frecuentara si de tal o cual cosa realmente pensaba ocuparme. Eso era fascinante: la literatura era para ella una ocupación, que tenía de bélico menos el designio o la virulencia que el compromiso y sobre todo el riesgo de estar poniendo allí el cuerpo. Una ocupación: una forma de vida itinerante e inmóvil sin contradicción ni contemplación alguna. O se ocupaba la literatura o uno debía emprender la retirada. No era fácil distinguir cuándo, cómo o por qué. Pero lo fascinante era que ella parecía saber exactamente cuándo, cómo y por qué. Lo fascinante era que ella se ocupaba de saber cuándo, cómo y por qué; y sobre todo, de alentar a que cada uno encontrara –si *realmente* de eso uno iba a ocuparse– cuándo, cómo y por qué. Porque además, menudo detalle, la literatura era para ella fundamentalmente la latinoamericana, y allí la argentina. Y ese terreno, ese corpus agitado por conquistas, contraconquistas y reconquistas, merecía una ocupación no sólo precisa sino constante. Casi una profesión de fe, de la que ella daba innumerables y reiterados ejemplos, siempre laicos (esa “fe en el libro” a la que ella –con dorada garra– dedicó uno entero, y más de una vida).

Susana fue mi maestra; y no quisiera con esto diluir el sentido que para mí tuvo, pues ella era una maestra de la lectura: con ella aprendí a leer, a pensar la lectura, a ocuparme de literatura como una forma de vida. Pero Susana es y será para mí –sin duda– algo distinto de una maestría informal: es y será los vínculos, ese modo del afecto, de los afectos –más o menos letrados– que hizo posibles, esos libros y esos amigos y compañeros con los que hoy –todavía– converso de Susana, gracias a Susana.

Facundo Ruiz

Susana Zanetti, latinoamericanista¹

Había nacido en el oeste del Gran Buenos Aires en 1933 y murió ayer en esta ciudad. En 2002 publicó su libro más importante, *La dorada garra de la lectura; lectores y lectoras de novela en América Latina*. Allí están las obsesiones que impulsaron su vocación crítica: Jorge Isaccs, Carpentier, José Emilio Pacheco, Armonía Somers. Dos años después apareció en Mérida, Venezuela, una compilación de artículos: *Leer en América Latina*, cuya vastedad temática es sencillamente asombrosa.

La literatura latinoamericana fue su obsesión estética e ideológica. En la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y en Humanidades de La Plata, en Alemania y en casi todas grandes ciudades de este continente, Susana Zanetti continuó la obra comenzada, en la modernidad, por Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal: escribir sobre la autoconciencia literaria de América Latina.

No puedo evocarla en otros términos que no sean los personales. Durante los años de la última dictadura, el departamento de Corrientes y Uruguay donde ella vivía fue mi refugio. Dándome ese albergue, ella supo que corría riesgos. A su manera se los cobraba en moneda literaria. Todas las noches me adoctrinaba en la literatura americana del siglo XIX, descubría mi ignorancia completa sobre la literatura colonial, me leía a Sor Juana o al Inca Garcilaso, me exhortaba a aceptar la superioridad del modernismo. El amor exagera siempre, cuando tiene razón y cuando no la tiene: Susana Zanetti monologaba comparando a Onetti con Robbe-Grillet y encontraba al uruguayo más interesante; otras veces, quería establecer la superioridad de Sarmiento sobre Balzac. Reíamos y discutíamos mucho.

Nunca olvidaré su forma de recitar a Darío o a Vallejo. Un recitado exigente, que encerraba el pedido de que se reconociera que ellos eran tan grandes como los grandes europeos. La conmovía la construcción imaginaria de una identidad, ese gran trabajo de símbolos e instituciones, que atravesaba América desde la independencia.

Será recordada por centenares o miles de estudiantes y decenas de discípulos, por una generosidad intelectual sin concesiones y sin competencias. Todos evocaremos también su biblioteca, que fue la proliferante representación material de una pasión sostenida durante más de medio siglo.

Beatriz Sarlo

¹ Texto publicado en el diario *La Nación*, el 21 de agosto de 2013.

Susana, en el recuerdo

¿Cómo hablar de Susana Zanetti sin pensarla como la gran latinoamericanista? ¿Cómo recordarla sin mencionar su condición de maestra generosa? ¿Cómo tratar de decirles a quienes no tuvieron la suerte de ser formados por ella lo que significó su trayectoria? Sé que estos aspectos fueron, son y serán dichos y escritos por muchos que conocieron de su actitud desinteresada a la hora de acompañar proyectos de investigación, de tesis o simplemente de responder a preguntas nacían de la lectura, de la enseñanza o de la inminencia de enviar una ponencia para un congreso. Ella siempre tenía un momento para dar una respuesta o para incentivar el avance de la línea elegida o para advertir de los errores.

Mi vínculo con Susana se inició de modo profesional pero con el correr de los años tomó un matiz personal muy fuerte. Cada vez que hablábamos por teléfono, además de la literatura, siempre estaba su preocupación por saber de mi familia, de los proyectos personales de mi hija, del trabajo de mi marido. Por eso, en esta ocasión, prefiero hablar de ella recordando algo cotidiano, tal vez personal pero que difícilmente olvide porque está asociado con un momento de mucha felicidad.

El día era perfecto. No había viento, el lago tenía una serenidad sobrecogedora y las montañas se recortaban armoniosas en el horizonte. El silencio sólo era interrumpido por los chillidos de las bandurrias que curioseaban por el lugar. Susana y yo estábamos sentadas a la orilla del Nahuel Huapi disfrutando de un día espléndido cuando de pronto dijo: “Pilar, ¿sabés qué le falta a este lugar?” No pude ocultar mi sorpresa porque me parecía imposible que faltara algo, así que esperé la respuesta sin articular palabra. – Un escritorio para poder leer, respondió con firmeza.

Los libros y Susana. Con ella uno aprendía a cada momento porque frente a cualquier comentario la literatura salía con la simpleza y la profundidad que ella sabía. Con su humor tan singular, en medio de un asado y un buen vino, no vacilaba en incorporar a Darío para amenizar el almuerzo. Aún conservo, de aquellas vacaciones que compartimos en la montaña, un cuaderno en el que está su escritura firme y su pensamiento lúcido mientras emergían cadáveres exquisitos. En esa ocasión vi la otra Susana, la que intentó preparar una comida para liberarme de una tarea que me mortifica pero que, hablando de Sarmiento, olvidó los tiempos de cocción. La que controlaba si había leído o no y olvidaba que alguien debía ordenar la casa y hacer las compras. La que se emocionaba con el silencio de los atardeceres y generaba apasionadas discusiones políticas. Hasta los últimos llamados, cuando su voz era más débil y su razón le indicaba lo que sucedería, siempre tuvo una palabra para estar presente en mi vida y en la de mi familia. Ese lado tierno, sutilmente protegido, es lo que más recordaré de ella. Y a esos hechos, casi domésticos, los haré presentes cada vez que piense que no la veré más.

María Pilar Vila

Queremos tanto a Susana

*Como se fue el maestro,
la luz de esta mañana
me dijo: Van tres días
que mi hermano Francisco no trabaja.
¿Murió? . . . Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan;
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!*

Mi padre, Gregorio Weinberg, gran amigo de Susana Zanetti, leyó estos versos de Antonio Machado que tanto le gustaban el día de la muerte de José Luis Romero. Se trata de una composición que a su vez el poeta dedicó a Francisco Giner de los Ríos. Así se van los grandes maestros, sin ellos mismos notarlo casi: la muerte es la única razón poderosa para obligarlos a interrumpir su trabajo cotidiano. Yo misma leí a mi vez estos versos con honda emoción al despedir a mi padre, a quien sólo la muerte fue capaz de obligar a dejar de leer y de escribir. Y estoy segura de que don Gregorio los hubiera leído también a la hora de despedirse de Susana: morir es dejar de trabajar y dejar de trabajar es morir. Considero que es justo recordarlos hoy para rendir homenaje a esta maestra que se nos fue por una senda clara, sin avisarlo casi, y dejándonos también como herencia su trabajo.

Susana Zanetti pertenece a una rara estirpe de lucidez, trabajo, valentía y generosidad: una rara estirpe que representa lo mejor de la inteligencia crítica argentina, lo mejor de sus lectores, lo mejor de sus maestros, lo mejor de sus estudiosos. Nos enseñó a entender a Darío y a través de él entender a toda la literatura latinoamericana. Nos enseñó a celebrar la inteligencia y el talento de nuestros grandes escritores. Nos enseñó a pensar y a trabajar. Nos enseñó a estudiar ciertas zonas difíciles, incomprendidas, desatendidas, del proceso literario: la lectura y las políticas editoriales.

Dedicó uno de sus grandes libros de ensayos críticos, *La dorada garra de la lectura*, “Al profesor Gregorio Weinberg en agradecimiento por su colección El Pasado Argentino”.

La recordaré en una sabrosa conversación sobre autores argentinos mientras tomábamos café en una confitería de Avenida San Martín y Juan B. Justo. La recordaré en una noche de amigos y de libros en casa de nuestra querida Beatriz Colombi, cenando con vino y empanadas en compañía de Valeria Añón y Danilo, esposo de Beatriz. La recordaré cuando, en respuesta a una invitación del proyecto entonces a mi cargo, me envió un maravilloso estudio sobre Rubén Darío y *España Contemporánea* que se publicó en *Estrategias del pensar*. La recordaré cuando viajó especialmente a La Plata para escuchar mi participación en un encuentro sobre literatura, con una generosidad que nunca olvidaré, y que culminó con una rica cena en compañía de Carolina Sancholuz. La recordaré en los últimos meses cuando, entusiasmadas ambas, planeábamos su visita a México para dictar un curso en la UNAM: una visita que quedó cegada por una súbita enfermedad. La recordaré siempre

preocupada por hacer del trabajo editorial uno de los capítulos más dignos de la historia argentina y de allí su interés por recuperar como estudiosa la tarea editorial de mi padre.

Mucho es pues lo que me une a Susana Zanetti, además de la lectura de su obra y la admiración por su conducta íntegra y su vocación ciudadana. Me une también la nostalgia por no haber podido ser su alumna: esa sensación de orfandad que han tenido tantas generaciones argentinas que se vieron privadas de sus maestros: esa enorme necesidad de diálogo y guía con que siempre seguiremos buscando a Susana, haciendo por ella un duelo de labores y esperanzas.

Liliana Weinberg